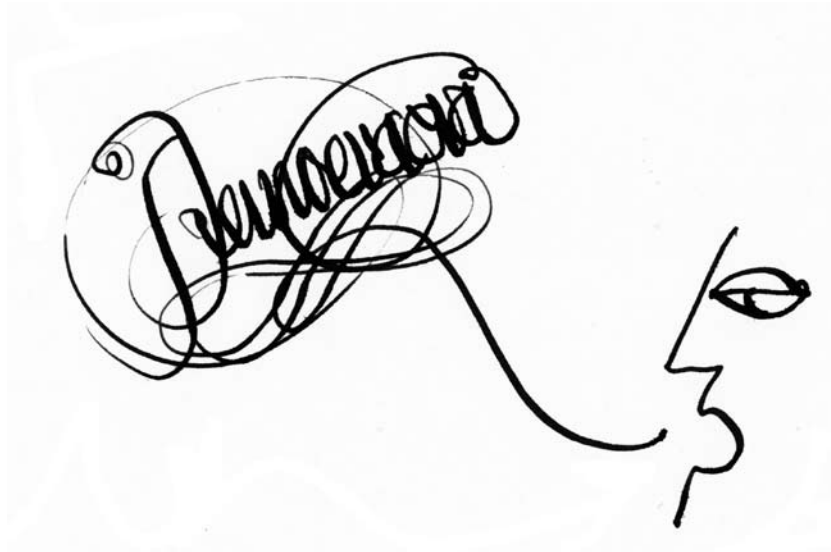


Auténtico orador, eficaz demócrata

Miguel I. Estrada Sámano



Me conmueve, me alegra, un poco me intimida, y desde luego me honra y me entusiasma la invitación a escribir estas líneas sobre el padre amistoso, comprensivo, interesado en las cosas de cada uno de sus hijos e impulsor de sus mejores empeños, desde los infantiles y juveniles (como el escultismo y el “fútbol”, según él pronunciaba) hasta los de la vida adulta (como los profesionales y laborales y la educación de los hijos, sus amantes nietos); sobre el varón entrañable, el cristiano a carta cabal, el sabio jurista, el ciudadano excepcional, el ejemplarísimo mexicano, el valiente y eficaz demócrata, el admirable y admirado maestro en la cátedra y fuera de ella, don Miguel Estrada Iturbide. Escribo “con toda la devoción de mi amor filial y mi gratitud imperecedera”, según reza la dedicatoria de mi tesis profesional, de hace casi medio siglo, formulada en homenaje a don Miguel y a su esposa, auténtica y múltiplemente encantadora, doña María Teresa Sámano Macouzet, su compañera virtuosa e indispensable, mi inolvidable madre.

Fue don Miguel hombre bueno, amable, afable, generoso, espontánea y contagiosamente sonriente, dialogante, expresivo, caballeroso y gentil, útil y servicial –jamás servil–; en contraste, si se quiere, firme, combativo, apasionado; inteligente, estudioso, constantemente cultivado, culto; ávido, universal y gozoso lector de distintos géneros, hasta ligeros, que recomendaba a sus hijos, jovencitos, y que comentaba con ellos; dueño de un verbo excepcional; penetrante, racional, y por tanto contundente. Realista y soñador, optimista incurable, alegre, sembrador de esperanzas; también implacable, demoledor, y hasta, si hacía falta, justificadamente intolerante, sobre todo ante los atracos y la vileza, que afrontaba con fundamentación, lucidez y energía, y combatía hasta con elegancia, sobriedad y brevedad. Sus opositores en los debates agudos parecían con frecuencia enanos inermes, incluidos algunos con fama de grandes y poderosos; para comprobarlo basta la lectura del Diario de los Debates de la Cámara de Diputados

correspondiente al trienio de su desempeño como legislador federal (1964-67), que enriqueció, engalanó al Congreso mexicano.

Recordaba siempre con gratitud y con afecto las benéficas influencias que ciertamente le ayudaron a ser lo que fue. Aquí, la mención de algunas personas en una breve lista ejemplificativa: don Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo en la época de la persecución del “inefable don Plutarco”, en frase de mi padre; los jesuitas don Jacobo Ramírez, tío abuelo de don Miguel, y don Jaime Castiello y don Ramón Martínez Silva, guías fundamentales de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos; don Guilebaldo Murillo, uno de sus dilectos maestros; don Manuel Gómez Morin y don Efraín González Luna, pilares de Acción Nacional; don Manuel Herrera y Lasso y don Felipe Tena Ramírez, ilustres constitucionales, el segundo moreliano y contemporáneo de don Miguel.

“Ágrafo réprobo”, me pedía don Manuel Gómez Morin que le dijera cuando, siendo pasante en su despacho, llevaba cartas para don Miguel a Morelia, que generalmente no eran correspondidas; sin embargo, don Miguel escribió magistralmente sobre el ilustre autor de la ingeniosa combinación de esdrújulas con que inicia este párrafo, en páginas que se leen y se releen con deleite y con admiración y que forman el prólogo de *1915 y otros ensayos*, todos del maestro Gómez Morin, ya entonces fallecido, publicado en 1973 por Editorial Jus. Es lamentablemente cierto que don Miguel escribió poco; como auténtico orador, no escribía sus discursos, que discurrían, valga la expresión, como rico manantial; desgraciadamente son pocas, y a veces deficientes, las grabaciones de piezas oratorias suyas, que fueron tan abundantes, tan frecuentes; pero es posible localizar buenas transcripciones de parte de lo mucho y muy bueno que dijo, especialmente en viejos números de la revista *La Nación*.

Hombre de sociabilidad y cordialidad notables; comunicador nato a través de la conversación fácilmente sabrosa, profunda, variada, o



sencilla, accesible y adecuada para diversos y aun combinados tipos de interlocutores, y de su impecable y muchas veces fogosa oratoria. Las crónicas lo recuerdan repetidamente como el gran tribuno michoacano.

Profesó, vivió, promovió, encarnó de manera natural y sobresaliente, sin estridencias pero sin disimulos, con entereza y con apertura ante todos y ante todo, los “valores eternos”; por eso fueron claros su visión y sus proyectos del porvenir, para influir positivamente en él, lo cual logró, ciertamente, aunque por supuesto resulte muy difícil precisar en qué medida y con qué alcances, para decepción en especial de algunos que exigen concreciones imposibles, muchas veces con la pretensión de justificar, o al menos, dirían, de explicar su pereza, su ausentismo, su marginación. Lo que es claro es que tales ausentes de la vida también lo son de la historia; en cambio, el recuerdo de don Miguel permanece y, sin duda, crecerá en la memoria de México, para contribuir a su bien.

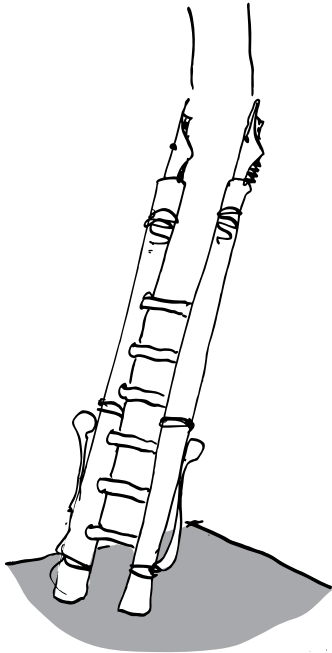
Rectitud, honorabilidad, confiabilidad, lealtad, desprendimiento. Sobre este último, dos ejemplos: 1) no le interesó acumular riqueza; decía: “mira, viejo, deseo dejar a tus hermanos y a ti no una herencia material, sino formación humana, educación”; 2) su biblioteca se vio frecuentemente mermada por préstamos de libros, que bien sabido es que se convierten en demasiadas ocasiones en dádivas involuntarias; don Miguel procedía al respecto con un genuino interés –y hasta con una especie de urgencia– para que otras personas tuvieran acceso a la literatura variada de que él disponía; confieso que por mi conducto varios amigos aprovecharon la oportunidad; recuerdo muy escasas devoluciones de volúmenes. Sea como fuere, en relación con este tema quiero recordar que sus hijos decidimos donar la biblioteca de don Miguel (lo que quedaba de ella) fundamentalmente a la Facultad de Derecho de la Universidad de San Nicolás, francamente, quede escrito, bastante en plan de “bofetada con guante blanco” de parte de algunos de nosotros, ya que esa Facultad, durante décadas, negó el acceso a generaciones de estudiantes y maestros morelianos (entre ellos don Miguel, mis hermanos abogados y yo), como expresión de la irracionalidad, la cerrazón y el sectarismo, por fortuna ya en buena medida superados; ahora resulta especialmente grato acudir a la Universidad Nicolaíta, “a pesar de los pesares”, que diría don Miguel, seguramente de acuerdo con la donación.

Satisfacciones especiales y profundas disfrutó don Miguel con pronunciamientos fundamentales del Concilio Vaticano II, en su momento sacudidores. Decía, subrayándolos: “Hace mucho que sosteníamos estas ideas”. A propósito de la libertad de conciencia, un testimonio memorable y valiente de don Miguel fue su famosa conferencia en el “Frontón México”, a principios del régimen ávilacamachista, en que exigió la derogación o la aplicación de leyes persecutorias; evocando a uno de sus predilectos autores ingleses, Chesterton, demandó del gobierno ser “blanco o rojo”, en vez de “diluirse en un tenue color de rosa”. El Procurador General de la República envió agentes a Morelia, a donde ya ha-

bía regresado el conferencista, que volvieron a México literalmente con la cola entre las patas, ante las respuestas producidas por don Miguel; pero el Procurador cometió la torpeza de declarar que éste se había retractado; también recibió inmediata y categórica respuesta en la prensa: “Miente el Procurador de la República”. Algunos miembros de la jerarquía eclesiástica pretendieron llamarlo, preocupadísimos, a cuentas; don Miguel, respetuoso pero firme, rechazó los reclamos; esto, en privado, como también en privado tuvimos el gusto de escuchar su “crónica”, orgullosamente, algunos.

Un acercamiento, por modesto que sea, como el presente, a una personalidad no sólo destacada sino verdadera y provechosamente desbordante como la de don Miguel, ofrece la oportunidad, quizá más bien imponga la obligación, de listar una pequeña catarata de señalamientos. Por eso, continúo:

Dignísima persona humana, luchó incansablemente por el respeto a la dignidad de todas las personas humanas, dolido en especial frente a la situación de tantos mexicanos atropellados, explotados, hasta envilecidos. Conocedor de la gente, ocasionalmente confiaba su clasificación de algunos prójimos; llamaba con originalidad “ranas” a los claramente tontines, pero se diría que a condición de que fuesen inofensivos; subrayando que la autoría de la expresión correspondía a don Manuel Herrera y Lasso, eran “poco recomendables” ciertos pillos de siete suelas; y compartía con don Manuel Gómez Morin el calificativo de “miserables”, destinado a los integrantes de lo peor del liderazgo de la revolución hecha despotismo y negocio sucio desde el gobierno, y a sus más deleznable lacayos. Uno de éstos, escribiente vendedor de sucias líneas periodísticas y de silencios chantajistas, creyó buena ocurrencia atacar a don Miguel llamándole dizque burlonamente “príncipe” (por lo de su segundo apellido). Cuando preguntaron su opinión al respecto, don Miguel contestó aludiendo también al apellido del atacante: “hay comentarios *denigrantes* de la profesión periodística”; el sujeto se llamó *Denegri*.



Desde siempre convencido de la necesidad de la participación femenina en la vida pública, y ciertamente impulsado por el entusiasmo, el apoyo y la compañía de su esposa, don Miguel invitó a las mujeres de nuestro país a ser “exquisitamente femeninas y batalladoramente mexicanas”. Jovita Granados, años después, me contaba emocionada cómo la había motivado el discurso que incluyó la preciosa y retadora expresión de don Miguel. ¡Cómo contrasta esta manifestación de los primeros 40, que forma parte de una línea sostenida y finalmente exitosa, con la supuesta autoría, aun se pretende la dádiva, del voto a la mujer, atribuidas a un priísta gris y triste!

Sensible, decidido, dio también testimonio y ejemplo de la defensa de su bellísima ciudad natal y de la promoción y difusión de expresiones artísticas de su amado terruño. Literalmente, luchó para preservar la elegante dignidad y sobriedad de la Plaza de Armas (que no “zócalo”, por favor) y de otros tesoros arquitectónicos de la vieja Valladolid, entre ellos la irreplicable Calzada, a cuya vera tuvieron el privilegio de residir don Miguel y su familia, él y su esposa durante bastante más de media centuria. Disfrutó profunda y continuadamente la música de dos grandes y diversos compositores michoacanos,

entrañables para don Miguel: su tocayo, don Miguel Bernal Jiménez, y don Gonzalo Chapela y Blanco, cuyos poemas musicalizados solía dirigir y corear mientras conducía el automóvil; ¡era sin duda devoto de su Ángel de la Guarda! Y a propósito de la conducción automovilística, sobre todo en plenas carreteras sinuosas, fue famoso por su tendencia a soltar el volante para subrayar expresivamente la conversación, a veces la discusión, y por su habilidad para golpear a los asnos con la defensa del vehículo, cuando no había más remedio que hacerlo para salvaguarda de los pasajeros. A tal grado creció su fama a este último respecto, que cuando cambiaba de auto le decía don Efraín González Luna, con su habitual sentido del humor: “¿estrenando mataburros, Miguel?” En una visita a su casa de Guadalajara, don Efra recibió a don Miguel con un regalo significativo: un llavero de plata con un dije que representaba a un simpático pollino. Concluida la visita, mis padres y yo subimos al recién estrenado vehículo; lo manejaba don Miguel; y se presentó una coincidencia: con un costado del auto rozó un arbusto; don Efraín le pidió esperar, para acercarse y decirle: “¡Ay, Miguel; ya no sólo la fauna, sino la flora!”

Don Miguel enseñó el camino del triunfo electoral, con valentía y empeño personales que sobrepasaron los retos y los obstáculos; Presidente del PAN michoacano durante sus primeros 17 años, obtuvo que el país contara con el primer alcalde y con los primeros diputados local y federal panistas de la historia. Supo superar la adversidad, incluso las manifestaciones de complejos de inferioridad –justificadísimos– hasta de algunos correligionarios que en buena medida le debían lo que eran y de cuyos nombres, cervantínicamente, no quiero acordarme. En cambio, cómo recuerdo y recordaré siempre tantos nombres de tantos y tan buenos amigos de mi padre, adicionales a los ya citados; no hay espacio para evocarlos aquí; todos abrían sus puertas a algún hijo de don Miguel, por el hecho de serlo; abrieron también sus corazones.

Respetable y respetado, don Miguel Estrada Iturbide sigue y seguirá entre nosotros. 